

Creatividad y tecnología

José Antonio Fernández
Ordoñez

ETSAB — 09/24

breus



Titular algo con dos términos más o menos antitéticos y ambiguos unidos por una conjunción es un acto de mala fe, calificable de entrada como demagógico. En este caso, además, hay unas connotaciones históricas que sugieren una perpetuación de un conflicto en realidad inexistente.

Parecen renacer las viejas polémicas hombre-máquina, forma-contenido, arte-ciencia, imaginación-razón, como estremecedores dilemas entre los que vamos buscando lo absoluto. Intentamos reducir la compleja situación actual a esquemas ya existentes, muy simplificadores, y para colmo discutidos hasta la saciedad.

En todo este proceso de sugerencias se opera una progresiva abstracción de los términos del título que quedan desposeídos de su problemática actual.

Creatividad como bandera de un grupo profesional en crisis, que se está volviendo crónica. Como aspiración romántica de lo que cada vez está más lejos. Como asidero en una caída que se anticipa brutal.

La tecnología, como una complejidad cada vez mayor y más celosamente preservada, patrimonio de organizaciones y no de personas, inagotable fuente de movilización de recursos, constituida en imprescindible instrumento de dominación.

Hoy, el combate propuesto en el título se promete muy desigual: creatividad, como último baluarte de lo personal en lo profesional, merced cada vez más escasa, en lento y progresivo declive, frente a tecnología, como mítico emblema del progreso, mercancía inevitable, flamante campeón del poder. El desenlace parece claro, pero hay tongo; el combate está amañado. No hay razón alguna para luchar.

La cultura de nuestra época está impregnada de tecnología; respiramos tecnología; necesitamos más tecnología para seguir respirando. «El creador no tiene conciencia de que la cultura que posee le posee».

Por otra parte, también es claro que la tecnología no puede operar sólo con esquemas lineales, deducciones paso a paso en busca de lo desconocido. El pensamiento científico, dice Popper[3], no puede ser pacato y andarse con pies de plomo como parecen exigir al hombre lógico y sugerir al teórico de la ciencia. Al contrario: ha de tratar de adivinar y arriesgarse lanzando hipótesis prematuras e injustificadas sobre el comportamiento de su objeto de estudio. Más tarde vendrá el análisis riguroso, la falsación de estas hipótesis, pero antes debe intervenir lo personal, lo intuitivo, lo frívolo incluso.

Los términos del título no son, pues, antagónicos; ni siquiera son independientes; están profundamente implicados. La tecnología está presente en la elección creativa y la creatividad es el principal motor de la técnica. No puede haber creatividad sin un desafío tecnológico (el artista, en principio, trata de superar-es posible que sin saberlo-una limitación técnica), ni posible tecnología sin creación previa.

Este juego de sugerencias y ocultaciones no pasa de ser una divertida escamotea de problemas más graves. Se nos hace pensar en un ínfimo estrato del proceso arquitectónico olvidando su caldo de cultivo y el destino de sus esfuerzos.

Por otro lado, enfrascados en las viejas polémicas, podemos olvidar que el duelo imaginación-razón lo gana siempre la acción. El enfoque del congreso no debe ser una manera de desviar el interés de unos profesionales con una gran cantidad de problemas en su quehacer hacia planteamientos teóricos trasnochados.

Quizá este congreso sirva definitivamente para que no haya ningún otro posterior que utilice el mismo tema de estudio, por no considerarse adecuado.

Jugar con tecnología y creatividad es algo que puede venir muy bien a nuestros intereses, intereses de tipo psicológico, sociológico e incluso económico. Pero lo que es cierto es que no se puede seguir especulando indefinidamente con estos dos términos, oponiéndolos, ni siquiera presentándolos como complementarios. De la misma manera que oponemos ciencias y letras, nos planteamos el estudio de la creatividad y la tecnología, creatividad entendida (Aranguren) como una actitud subcultural marginada que es posible aislar y localizar en zonas determinadas de la cultura.

La misma idea de creatividad es confusa, si entendemos por tal toda una serie de imágenes caducas heredadas del viejo humanismo y del romanticismo, que reducen el campo de la creatividad a un mundo de especialistas de la imaginación, en el que sólo pueden crear los elegidos. La ciencia y el artista.

La tecnología al servicio de la creatividad La tecnología y el hombre. Tales podrían ser los títulos de posibles ponencias bajo un concepto equivocado y como resultado de un mismo deseo: diferenciar, especializar y separar las actividades humanas, que es la única forma de poder sujetar una sociedad que de otro modo sería difícilmente tolerable.

Hay mucho de manipulador en la manera de operar con estos conceptos, incluso cuando nos los presentan como complementarios, pues entonces se afirma tácitamente la posibilidad de oposición. Sólo debería ser aceptable referirse a ellos como un medio de análisis y de crítica.

Quizás la confusión surge entre actitud técnica y actitud positiva. La tecnología está evidentemente muy prestigiada en nuestros días, apartándose de una actitud teórica o científica como la que inspiró el transcurrir de las universidades en el siglo XIX. Hemos entrado en una etapa mitificadora de la tecnología y enemiga de la actitud positiva que ha presidido siempre a la ciencia (Aranguren).

Es evidente, por tanto, que la tecnología no puede servir a una actitud creativa si no viene respaldada por un

espíritu científico, y está claro que ya es tarde para que las clases dirigentes, que son las que tienen acceso a la cultura tecnológica, puedan reestructurar esa actitud investigadora, actitud sin la cual no podremos hablar de creación, sino de combinatoria, de juegos. La actitud científica, de búsqueda, de puesta en cuestión, es creativa. La creación es en sí una actitud científica, y la historia nos dice que ese acceso a la creación era de todos cuando la sociedad no se había aún desgarrado, en palabras de Marcuse, en el proceso histórico que separó técnica y arte, fabricación e imaginación.

La tecnología al servicio de una actitud creativa sólo puede producir -a falta de este espíritu científico- formalismos manipuladores, caprichos, o incluso formalismos tecnológicos (fachadismo tecnológico), con pretensión de autojustificarse y, en el peor de los casos, utilizar la actitud creativa como una forma más de alienación y enajenación de la sociedad.

Esta actitud no científica, tecnológica tan sólo, es la que presidió la obra de Le Corbusier y le llevó a conseguir sus máquinas para vivir alejadas del hombre, fiel reflejo de las fuerzas dialécticas de su época, y en ningún caso aportación científica para un hábitat humano.

¿Por qué cauces políticos podría el usuario -que es el único que sabe lo que necesita-hacer suyo el campo tecnológico, escapado de sus manos y que ahora se vuelve en contra de sí mismo? ¿A qué intereses sirve la actual tecnología? La participación del pueblo en el proceso creativo de la arquitectura, ¿en qué grado es ayudada o entorpecida por la tecnología?

¿Por qué los trasnochados procesos actuales de creación arquitectónica ignoran, cuando no manipulan, las mejores y más modernas tecnologías, sin, por otra parte, responder seriamente a las necesidades de la gran mayoría de los usuarios? ¿Por qué existen hoy tan pocos arquitectos inspirados y tantos demasiado originales? ¿No estamos en el umbral de un estilo de raíz popular, presentido hace años, resultado al mismo tiempo de la presión de urgentes y graves necesidades de espacios para el hombre, de la nueva tecnología, de la industrialización de la construcción, y de la implosión comunicativa?

Ponencia en el XII Congreso de la Unión Internacional de Arquitectos. Madrid, 1974.

Imágen: Katsushika Hokusai, *El puente suspendido en Hida provincia de Etchú*, c. 1834, Minneapolis Institute of Art.

Número 31

ETSAB breus — breves és una col·lecció de lectures editada per: